

Edición: Buenos Aires, 1ra. edición noviembre de 2019, 300 ejemplares.

ISBN: 978-84-18095-05-4

Código THEMA: JBFH [Migración, inmigración y emigración],
JHMC [Antropología social y cultural, etnografía],
LNDA1 [Extranjería. Derecho de la inmigración]

Código IBIC: JFFN [Migración, inmigración y emigración],
JHMC [Antropología social y cultural, etnografía],
YXN [Cuestiones pers. y sociales: racismo y multiculturalismo]

© 2019, Miño y Dávila srl / Miño y Dávila editores sl

Prohibida su reproducción total o parcial, incluyendo fotocopia, sin la autorización expresa de los editores.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Diseño: Gerardo Miño

Composición: Eduardo Rosende

MIÑO y DÁVILA
EDITORES

Página web: www.minoydavila.com

Mail producción: produccion@minoydavila.com

Mail administración: info@minoydavila.com

Dirección postal: Miño y Dávila s.r.l.
Tacuarí 540. Tel. (+54 11) 4331-1565
(C1071AAL), Buenos Aires.



colección


*Antropología,
estudios culturales
y relaciones de poder*

dirigida por Sergio Caggiano y Fernanda Figurelli

La colección se propone recoger y difundir trabajos que aporten al vasto campo de estudios del poder desde la antropología y los estudios culturales. El horizonte problemático que la orienta se estructura en torno a una concepción relacional del poder, que lo entiende como un ejercicio productivo y abierto a la dinámica histórica, sin formas y contenidos predefinidos. Orientarse por una concepción relacional conlleva sostener el desafío de superar la división entre lo macro y lo micro, indagando cómo las configuraciones de poder se entretajan dinámicamente desde los intercambios cotidianos. Conlleva también el interés por múltiples escalas de análisis y por las complejas conexiones y articulaciones entre ellas, por el modo en que lo global y lo local se producen a partir de relaciones sociales concretas. Recogiendo líneas de indagación de la tradición antropológica y de los estudios culturales, también ocupa un lugar destacado dentro del horizonte problemático de esta colección el análisis de categorías y clasificaciones sociales con las que organizamos nuestros mundos heterogéneos.

La colección se abre a distintas áreas y tipos de trabajo: investigaciones empíricas o bibliográficas que revisan aportes o limitaciones en los estudios del poder y procuran una mirada original para su comprensión, que abordan los procesos de producción y reproducción de diferencias y desigualdades en torno a distintas dimensiones como clase social, género, etnicidad, nacionalidad, edad, etc., que indagan las relaciones de poder involucradas en las categorías de percepción del mundo o que problematizan las formas de poder ligadas a las propias prácticas de investigación y formación en nuestros campos disciplinares, entre otras.

A Fer y Timoteo



Sergio Caggiano

***Las migraciones como
campo de batallas***

*Desigualdades, pertenencias
y conflictos en torno a
la movilidad de las personas*

MIÑO y DÁVILA
EDITORES

Índice

9 **PREFACIO**

11 **INTRODUCCIÓN**

- 11 “Nunca me había pensado como migrante”:
 categorías y clasificaciones en un campo de batallas
- 15 Actores: variaciones en escalas y tiempos
- 24 Reterritorialización, regulación y gubernamentalidad
- 27 Dimensiones de la desigualdad
- 34 Anticipo de los contenidos

39 **CAPÍTULO 1: El accidente de nacer. Estados, nacionalidad y ciudadanía**

- 39 Introducción
- 42 Leyes y papeles nacionales en una provincia de frontera
- 46 Partos en la frontera: fantasías y regulación social
- 50 Producir población nacional en el exterior
- 53 Lazos estatales y nacionalidad automática
- 55 Tensiones estatales, clase y género en la producción
 de población
- 58 La persistencia de la nacionalidad en las ciudadanías
 contemporáneas
- 60 Conclusiones

65 **CAPÍTULO 2: Luchas deshilachadas. Trabajo, clase y nacionalidad en la industria de la indumentaria**

- 65 Introducción
- 67 Trabajo migrante y condiciones laborales
- 69 El asociacionismo entre trabajadores migrantes

73	Un conflicto entre organizaciones sociales en torno al trabajo de los migrantes
76	Dos centrales sindicales ante la migración laboral
79	Desigualdades diferentes: escalones, exclusiones y compensaciones
81	Quiénes y cómo en los objetivos y en las acciones
84	Identidades discordantes: clase social y etno-nacionalidad
87	Conclusiones

91 CAPÍTULO 3: La migración (de lo) indígena. Etnicidad e institucionalidades enredadas

91	Introducción
92	El devenir indígena: identificación y etnización
94	Politización indígena boliviana transnacional
98	Experiencias de la pertenencia indígena
103	Prácticas indígenas en la producción capitalista
106	Entrecruzamiento de institucionalidades
108	Conclusiones

111 CAPÍTULO 4: El lugar del género en las organizaciones. Mujeres y politización de la experiencia

111	Introducción
113	El sentido político de la experiencia
116	Mujeres migrantes, organizaciones sociales y género
119	Género en organizaciones de mujeres migrantes y en una organización de trabajadores desocupados
125	Releer la vida en clave de género
128	Militar desde las vivencias personales
130	La politización de la experiencia y la dialéctica entre lo personal y lo político
132	Conclusiones

135 CONCLUSIONES

135	Categorías, clasificaciones, préstamos y apropiaciones
138	Espacios y escalas múltiples de participación
141	Luchas divergentes ante desigualdades entrelazadas
148	¿Intersecciones de qué?: especificar las desigualdades

157 BIBLIOGRAFÍA



PREFACIO

El objeto de estudio de este libro se muestra particularmente dinámico en años recientes. Los procesos de clasificación y categorización de la movilidad de las personas y las luchas en torno a las desigualdades y las pertenencias en juego en estos procesos cambian en el tiempo y, a la vez, se especifican en cada país y región.

Como casi todos los libros, este ha visto pasar un tiempo entre la recolección y análisis de los materiales y su publicación. La gestión del estado argentino en manos del macrismo (2015-2019) ha sido incorporada parcialmente a la investigación. Su avanzada en la criminalización de las migraciones, el control de las fronteras y la promoción explícita de la deportabilidad como tema y la deportación como práctica supuso un quiebre con las políticas del período 2003-2015, estructuradas según una lógica de derechos humanos y una perspectiva regionalista. Esto ha sido recuperado con mayor detenimiento en otros trabajos propios y de colegas que aparecen citados a lo largo del libro. Por lo demás, tras las últimas elecciones presidenciales en el país, cabe esperar que nuevos cambios se den en otra dirección, que sin dudas no dibujarán un simple movimiento de vaivén.

Por otro lado, la securitización de los desplazamientos de las personas y el control de las fronteras es un proceso común que ha ido consolidándose en las últimas décadas en gran parte del mundo y que se ha expandido con fuerza en América Latina, particularmente con la llegada al poder de viejas nuevas derechas, al

menos en el sur del subcontinente. Las retóricas internacionales y globales del control de las fronteras y la ilegalidad se materializan de formas concretas, atadas a historias nacionales y regionales. El tradicional desequilibrio en el norte del continente ha permitido, por ejemplo, que sectores dirigentes de los Estados Unidos requieran a México el control ya no de *su* población, sino de los contingentes migrantes procedentes de Centroamérica. Este caso, que también podría verse afectado por recientes reordenamientos políticos en México, recuerda los procesos de externalización de las fronteras de la Unión Europea, asentados en relaciones coloniales y poscoloniales. Volviendo a la Argentina, la construcción de amenazas en torno a delitos transnacionales ha vinculado las cuestiones migratoria e indígena, motorizando las nociones de nacionalidad, ciudadanía y extranjería en relación con el acceso a recursos y el derecho a la tierra o los territorios.

Las variaciones históricas y geográficas podrían precisarse más y requieren actualizaciones periódicas. Pero lo que el presente libro aborda son las coordenadas generales sobre las que estas variaciones temporales y espaciales se dan. Los tres conjuntos de actores cuyas intervenciones el libro atiende -organismos internacionales, dependencias estatales, organizaciones sociales- están presentes de manera determinante en cada uno de los escenarios anteriores. Y los conflictos entre ellos (entre los tres tipos de actores, pero también dentro de cada uno de estos conjuntos heterogéneos) se despliegan siempre en torno a desigualdades. No solo para legitimar o cuestionar tales desigualdades, sino, antes que eso, para definir las, para establecer su naturaleza, volverlas parte de la discusión política o, por el contrario, disimular sus aristas controversiales.

Cuando las personas se mueven, suelen atravesar fronteras físicas y simbólicas, y al hacerlo atraviesan sistemas clasificatorios con sus posiciones y relaciones de clase, género, generacionales, étnicas y otras. En este sentido, el libro propone un prisma desde el cual mirar las pujas en la categorización de la movilidad humana y las desigualdades inevitablemente entrelazadas y mutuamente constitutivas que implican. Así, intentar comprender las disputas en torno a la movilidad de las personas se convierte en un intento por comprender también la estructuración de asimetrías y jerarquías que involucran a quienes no se mueven, tanto como a quienes sí lo hacen.



INTRODUCCIÓN

“Nunca me había pensado como migrante”: categorías y clasificaciones en un campo de batallas

Los orígenes de este libro se remontan a mis iniciales tanteos como investigador. A finales de la década de 1990, en uno de mis primeros trabajos de campo, una mujer boliviana que llevaba varios años en Argentina me miró con cierta sorpresa ante la pregunta que acababa de hacerle. “*Migrante* –repetió–, qué interesante, nunca me había pensado como *migrante*” (Blanca, 36 años, 14 de residencia al momento de la entrevista, en 1999). Más allá de llamar mi atención sobre lo erróneo de algunas elecciones metodológicas, la escena abrió para mí un proceso de reflexión que me acompañaría por muchos años. Lo que mi entrevistada puso de manifiesto fue un desajuste entre mi propio encuadre y las concepciones que ella tenía de sus vivencias. Involuntariamente, mi pregunta ingenua había hecho comparecer densos fragmentos de historias estatales. Los estados habían engendrado y alimentado categorías con las que captar o capturar una porción de la vida de personas como Blanca. Pero ella entendía su propia vida echando mano a otras categorías. Comprendí, entonces, que la clave no es qué tan acertados o des- acertados puedan ser nuestros términos, sino el modo en que ellos participan de un despliegue mayor de categorías sostenido por una diversidad de agentes sociales.

La migración o –parafraseando a Tönnies– la movilidad espacial de las personas (citado en Pries, 1997: 122), desata un proceso virtualmente interminable de regulaciones o intentos de regulación. La construcción del objeto y el problema de *la migración y los migrantes* es un proceso teórico y político en el que intervienen los estados a distinta escala, los propios migrantes a través de asociaciones, otras organizaciones de la sociedad civil (OSCs) dedicadas al tema, organismos internacionales, científicos y académicos, entre otros actores. Las intervenciones apuntan a los flujos de personas, cosas, saberes y símbolos. Es este conjunto de intervenciones lo que anuda a las migraciones como tema, objeto o problema. Pero la atadura es momentánea, porque los actores tienen posiciones no solo diferentes, sino muchas veces discrepantes y hasta enfrentadas.

Los interrogantes de este libro se abren contra el horizonte general de la clasificación social, entendida como resultado de un proceso conflictivo. Instituciones y formaciones sociales, políticas y culturales producen y propagan categorías y clasificaciones con las cuales las personas viven y experimentan sus posiciones y relaciones (Hall, 2003a; Bourdieu, 1982; Ortner, 2006; Douglas y Hull, 1992). ¿Qué discursos y medidas construyen la migración como un tema, como un objeto o como un concepto?, ¿qué operaciones circunscriben a las migraciones en las disciplinas científicas y en las políticas públicas? El presunto objeto se unifica y al mismo tiempo se agrieta y fragmenta, se multiplica y se vuelve a reunir. Migración interna / migración internacional; migración económica ¿versus? refugio político, ¿migración económica o laboral?, migración voluntaria e involuntaria, feminización de las migraciones, migración y desarrollo, migración de retorno... Estas categorías juntan y distinguen, ordenan problemas, conceptos y modos de actuación, legitiman demandas e intereses, postulan agentes sociales, a veces como víctimas o victimarios, y designan especialistas.

¿Qué encontramos en estas categorías y clasificaciones?, ¿simples opciones para el reparto científico y la división de tareas de organismos estatales y supraestatales? ¿Qué se pone en juego en este reparto y división, en su constante revisión, en las delimitaciones de un objeto o tema que vuelve a descomponerse y generar una relativa dispersión? ¿Se trata de la exactitud o inexactitud de unos nombres, es decir, de la mejor o peor adecuación de las categorías y clasificaciones a una realidad difícil, que muta en el

tiempo? ¿O se trata de cómo la realidad queda dicha por estas categorías en tensión? Puede que se trate de ambas cosas. Pero se trata, antes que nada y fundamentalmente, de que este juego de tensiones es resultado de la intervención de actores sociales concretos, que definen posiciones, circunscriben pertenencias, perfilan intereses, ventajas y desventajas relativas (Yuval-Davis, Anthias y Kofman, 2005). Es en este sentido que en nuestras sociedades las migraciones constituyen un campo de batallas.

La movilidad de las personas hace visibles las costuras de la organización social del espacio y nos recuerda el carácter construido de la clasificación que ella sostiene (Douglas, 1978). Basta una reflexión mínima para advertir la carencia de estudios sobre el sedentarismo, por ejemplo. Y lo que claramente atrae la atención de los desplazamientos, por lo demás, no es su magnitud, sino el hecho de que atraviesen fronteras. Es el atravesamiento de fronteras lo que desata repartos institucionales, gnoseológicos y políticos alrededor de la movilidad, como advirtiera tempranamente Sayad (1998) a propósito de la división del trabajo entre estudiosos de la inmigración y de la emigración, y como puede apreciarse en las restantes diferenciaciones referidas (migración interna e internacional, voluntaria e involuntaria, etc.). La dimensión temporal también es clave para entender este campo de luchas. El tiempo es definitorio de qué está haciendo alguien que se desplaza en la distinción entre el *daily commute*, la migración definitiva y la mirada de opciones intermedias.

Además, los espacios y los tiempos se enredan en la experiencia migratoria. Alguien puede residir *aquí* y, en ciertos aspectos de su vida, estar *allí*. ¿Con qué compara un migrante sus logros y fracasos?, ¿con quién compite y con quién se solidariza?, ¿para quién trabajar?, ¿dónde proyectar el futuro?, ¿cómo calibrar el tiempo en los diferentes espacios que la persona en movimiento habita? No se trata solamente de las subjetividades involucradas, sino de las acciones de una cantidad de agentes sobre los espacios y tiempos de la migración: ¿cuánto tiempo de residencia habilita un cambio de estatuto jurídico en torno de la nacionalidad y la extranjería?, ¿cuánto tiempo puede estar alguien fuera de su país sin perder la ciudadanía? Puede suceder que un migrante tenga derecho a votar localmente pero no nacionalmente. También que, sin moverse, sus descendientes adquieran derecho a voto (y trabajo o beneficios sociales) en el país de origen de sus

ancestros si por un cambio de política este pasa a considerarlos “residentes en el extranjero” y no ya “extranjeros”.

Las migraciones y desplazamientos juegan un papel fundamental en “la transformación de la sociedad humana y en su estructura institucional / organizacional”¹ (Piper, 2006: 152). Sus desajustes y enredos espaciales y temporales desencadenan recategorizaciones en los sistemas de clasificación existentes y en sus categorías, y engendran nuevos arreglos. Señalar que las categorías y clasificaciones que procuran dar cuenta de la movilidad de las personas son un constructo social no es ninguna respuesta. Es apenas el punto de partida para las preguntas. Las distinciones entre movilidades y entre personas en movimiento (pioneros, migrantes de X generación, ilegales, naturalizados, trabajadores invitados, retornados, refugiados...) impactan directamente en las vidas de los protagonistas, de sus familias y, más o menos directamente, en las de otros sectores sociales. Las personas se mueven y hacen sus vidas en un mundo clasificado y en proceso de clasificación. Pero son también estas y otras personas, individualmente o en redes, grupos, organizaciones e instituciones las que manejan estas definiciones y categorías, las aceptan o las discuten, las ponen en tensión y proponen otras. Las personas hacen su propia historia con sistemas clasificatorios que no han elegido.

Este libro aborda el papel de distintas organizaciones sociales de migrantes y no migrantes, de agencias estatales y de entidades supraestatales, en la definición de los intereses en torno de la migración, de las vías legítimas para reclamar por recursos y reconocimientos, de los criterios para determinar pertenencias y exclusiones. El campo de luchas está atravesado por desigualdades múltiples que se intersectan. Los actores ocupan posiciones desiguales. Pero el análisis procura no obnubilarse por la más visible de estas relaciones de poder, aquella entre migrantes y aparatos de estado reguladores. Sin olvidarla o subestimarla, el objetivo es entender los procedimientos, fuerzas y mecanismos a los que los distintos actores recurren. Una organización puede resistir la discriminación étnico-nacional de que son objeto los migrantes, por ejemplo, mientras pasa por alto las desigualdades de género o de clase entre los mismos migrantes. En otro caso, la adscripción étnica indígena de un sector de los migrantes, producto de diálogos y aprendizajes con organismos de las Nacio-

1. Todas las traducciones son del autor.

nes Unidas, los coloca en una situación ventajosa para luchar por derechos en relación con otros migrantes que son explotados únicamente en tanto que trabajadores. El campo de luchas que las migraciones constituyen no supone un único enfrentamiento entre dos o más bandos claramente demarcados, sino una cantidad de combates cuyos efectos de agregación o compensación es necesario dilucidar.

Actores: variaciones en escalas y tiempos

En un libro clásico de las postrimerías del siglo XX, Castles y Miller (2010) identificaron seis tendencias que marcarían, según decían, la movilidad humana de las primeras décadas del siglo en curso: a) la globalización de las migraciones, b) su aceleración, c) su diferenciación, d) la feminización y la creciente conciencia en el papel de las relaciones de género, e) la politización y f) el cambio de perfiles de países y regiones, que dejaban de ser exclusivamente emisores, receptores o de tránsito para dar lugar a combinaciones múltiples de estas alternativas.

La primera tendencia y la última, íntimamente vinculadas, parecen haberse verificado y generan consenso entre los especialistas. La tendencia a la aceleración ha mostrado ser más discutible. Desde la demografía histórica, Le Bras (2003: 9) sugirió que “las migraciones internacionales eran mucho más frecuentes hace un siglo que ahora”, y lo hizo distinguiendo la migración, que supondría un cambio de residencia sin plan de retorno, de otras movilidades que sí habían crecido considerablemente, sin por ello dejar de advertir que la reducción de tiempo y costo de los desplazamientos difumina la línea de distinción entre ambos procesos.

Las tres restantes son las que más interesan aquí porque permiten advertir la importancia de los procesos de clasificación y categorización sobre los que este libro se detiene. La diferenciación de las migraciones, es decir, la identificación de más y más modalidades y actores en el proceso migratorio, presupone la producción de las categorías de diferenciación. Ningún proceso social puede ser reconocido como heterogéneo (o como homogéneo) sin tales categorías. La feminización, a su vez, es una forma particular de esa diferenciación, y la conciencia del papel jugado por las relaciones de género no es sino el resultado de intervenciones políticas que lo subrayan. La politización, por último, es el nombre general para estas intervenciones que postulan intereses,

demandas y criterios para su arbitraje en ese campo de luchas que las migraciones constituyen.

Ya en el siglo XXI otros autores agregan dos fuerzas motoras de los cambios en los procesos migratorios. La primera, destacada por Appadurai (2001), son las tecnologías. La segunda, medular en un volumen más reciente de Pries y Sezgin (2012), las organizaciones. El presente libro pone el foco precisamente en ellas como protagonistas de las batallas que estudia. Desde la conformación del sistema de estados nación hasta la actualidad, las organizaciones en torno a la movilidad humana se han multiplicado, especificado y vuelto más visibles. No solo las de base o integradas por migrantes, sino también otras OSCs, dependencias estatales y organismos inter o transnacionales dedicados al tema. Queda pendiente hacer la arqueología de esta proliferación y redefinición institucional y organizacional, que es a la vez consecuencia y causa de la conformación y ampliación del campo de luchas en torno de la movilidad de las personas.

Los desplazamientos humanos en general, y de ahí el “gobierno internacional de las fronteras”, conforman “un campo de especialización e intervención saturado, heterogéneo y, a veces, disputado” (Andrijasevic y Walters, 2010: 979). Personalmente prefiero prescindir incluso de la locución adverbial “a veces”: la especialización y las intervenciones en torno de estos desplazamientos siempre suponen disputas. ¿Quiénes son los actores que saturan este campo diverso y controversial?, o, en palabras de Sassen (2010: 369), “¿quiénes son todos los actores que participan en la producción de ese resultado que llamamos «inmigración»?”. Como la autora se responde, “son muchos más que los propios migrantes”. *Las migraciones como campo de batallas* se interesa, aunque con intensidad dispar, por el papel que juegan tres conjuntos de actores: las agencias internacionales y las organizaciones no gubernamentales (ONGs) globales, las dependencias estatales y las organizaciones sociales de migrantes, principal núcleo vertebrador de las preguntas. Los capítulos presentan diferentes escenarios de la migración e interrogan el papel de las organizaciones sociales de –o para– migrantes, en diálogos tensos y a múltiple escala con organismos internacionales, estados y otras OSCs.

Organismos internacionales

Los organismos internacionales y las ONGs globales y transnacionales que trabajan en alianza con ellos caracterizan el estado actual de las migraciones y son parte sustantiva de los avances hacia la “gobernanza global de las migraciones” (Kalm, 2008: 36 y ss.). Tienen especial peso en esta tarea los organismos de Naciones Unidas: la División Población del Departamento de Asuntos Económicos y Sociales –DESA–, la Organización Internacional para las Migraciones –OIM–, el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados –ACNUR–, el Fondo de Población de las Naciones Unidas –UNFPA– y la Organización Internacional del Trabajo –OIT. En términos generales, no buscan frenar los flujos migratorios sino crearles canales, ordenarlos, permitir su dinámica regulada.

Los organismos buscan incidir en el funcionamiento ordinario y rutinario de los agentes involucrados en la *gestión de las migraciones*. Producen y distribuyen estudios, informes y guías para la actuación, realizan recomendaciones técnicas y auspician herramientas jurídicas y administrativas, promueven acuerdos y pactos, entrenan a autoridades y fuerzas de seguridad, impulsan seminarios y, en todas estas intervenciones, ofrecen temas, conceptos, datos y modos de abordaje que moldean energicamente las aproximaciones a la movilidad humana (Kalm, 2008; Mansur Dias, 2014).

Por estos medios establecen lineamientos claros para encuadrar el accionar de agentes estatales y de otros abocados a esta gestión. Promueven la cooperación de los estados con otros estados, con organismos regionales interestatales (como la Unión Europea o el MERCOSUR –Mercado Común del Sur–), organizaciones no gubernamentales, asociaciones del sector privado y, desde luego, con los propios organismos internacionales, individualmente considerados o como parte de conglomerados como el Global Migration Group, que reúne a los ya mencionados junto con la Oficina de Drogas y Crimen de las Naciones Unidas, el Banco Mundial, la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo –UNCTAD– y otros (Kalm, 2008).

La *securitización* tiñe el tratamiento de la movilidad humana por parte de los organismos internacionales. La insistencia en el eventual vínculo de la migración con la (in)seguridad y la criminalidad “ha ayudado a aproximar la cuestión migratoria al

campo de la justicia criminal” (Mansur Dias, 2014: 559). La OIM, por ejemplo, ha jugado un papel clave en la adecuación de las políticas migratorias de América Latina y otras regiones del globo “a las aspiraciones del norte global” (Mansur Dias, 2014: 567). Su énfasis en las ilegalidades y delitos a que el movimiento de personas podría dar lugar conduce a enfocar las fronteras como “mecanismos privilegiados en la vigilancia de los movimientos y flujos globales” (Andrijasevic y Walters, 2010: 985). Su producción profesional de categorías configura un lenguaje casi policial –*falsificación, control, contrabando, ilegalidad, tráfico*– para tratar las problemáticas que ellos mismos definen como prioritarias (Mansur Dias, 2014: 575).

Por cierto, la difusión de la securitización es compleja. Sus categorías se extienden enredadas en el lenguaje internacional de derechos. De la mano de la defensa de los derechos individuales y la integridad de niños y niñas migrantes o de mujeres o de trabajadores suelen ir los pedidos de detección de las redes de criminalidad que en ocasiones los victimizan y que son, a la vez, nodos fundamentales de los circuitos migratorios. Esta es una de las formas en que el paradigma de los derechos humanos puede habitar la gubernamentalidad neoliberal. Otra es el modo en que la regulación documentaria de los migrantes se diseña en clave instrumental, fundada en cálculos utilitarios acerca de los aportes del trabajo migrante al desarrollo económico (Domenech, 2013).

Desde luego, esto no agota las potencialidades políticas de dicho paradigma, que puede ampliar el horizonte de reclamos en el campo de la movilidad de las personas. Pessar da un buen ejemplo de ello al mostrar como los talleres sobre violencia, derechos humanos y género llevaron a activistas guatemaltecas refugiadas en México a incorporar una “conciencia feminista y estratégica” (Pessar, 2005: 9) a los principios étnicos y de clase por los cuales luchaban en su país de origen.

Estados nacionales

El peso estatal en la regulación de las migraciones ha sido destacado por Sayad, al problematizar el proceso mismo en el cual las preguntas por las migraciones toman forma y fuerza. “[U]na cierta definición de la inmigración y de los inmigrantes” (Sayad, 1998: 50-51) es lo primero que se juega en la regulación jurídica, política y social de las migraciones llevada adelante por

los estados. También la distinción clave para Sayad entre inmigración y emigración deja ver el peso de las regulaciones estatales, en la medida en que ella resulta precisamente de la división entre estados de recepción y de envío, y de una división de trabajo consecuente en las ciencias sociales. No obstante esta sea una división puesta en entredicho en las últimas décadas por los estudios transnacionales, la reacción de los estados a las movi- lidades en lo que va del siglo XXI los coloca nuevamente en una posición protagónica.

Más recientemente, estudiosos de la gubernamentalidad a nivel global entienden la *gestión de las migraciones* como una búsqueda de orden y control sobre actividades que desafían los límites territoriales de los estados. Como señala Kalm, “los migrantes como categoría de intervención están constituidos, en primer lugar, por la gestión de los estados soberanos y, en segundo, por la distinción establecida en el derecho internacional entre las formas de movimiento voluntario e involuntario” (Kalm, 2008: 166). Los mencionados organismos internacionales insisten en convalidar una de las principales prerrogativas reconocidas a cada estado nación, que es la de controlar los flujos de personas –la entrada a y la salida de su territorio– y decidir a quién admitir. La regulación del movimiento aparece así como un requerimiento del desarrollo del sistema de estados (Hindess, 2004), que preserva el derecho esencial de cada uno de ellos a ejercer el monopolio de los medios legítimos de movimiento (Torpey, 2000).

Aun cuando han emergido formas de *ciudadanía flexible* y aun cuando el portador de múltiples pasaportes pueda encarnar “la ruptura entre la identidad impuesta por el Estado y la identidad personal” (Ong, 2012: 2), también los gobiernos responden de manera fluida a las condiciones cambiantes. “[S]i los sujetos móviles traman y maniobran en relación a los flujos de capital, los gobiernos también articulan con el capital y las entidades globales de maneras complejas” (*idem*: 6). Así, ante los retos planteados al vínculo entre territorio y membresía, hasta la noción de soberanía es revisada y reconceptualizada a partir de su relación con la vida y el tiempo más que con el espacio (Walker, 2004, citado en Nyers, 2006). En cualquier caso, “el estado nación sigue siendo la instancia decisiva de pertenencia, incluso en un mundo que se globaliza rápidamente (...) Lejos de escapar al control del estado, la migración está sujeta a tecnologías cada vez más sofisticadas de regulación y control” (Brubaker, 2015: 7).

El desempeño de los estados nación en relación con la migración –sea de fomento, limitación, control, selección o registro– se ha dado a lo largo de la historia sobre el fondo de una tarea determinante: la conformación de un pueblo o una colectividad de ciudadanos (Stolcke, 2000; Brubaker, 2010). Los movimientos de distanciamiento y acercamiento entre la nacionalidad y la ciudadanía interpelan a los estados en su capacidad para definir cada una y precisar sus diferencias (Soysal, 1994; Bosniak, 2000; Sassen, 2000 y 2002; Smith, 2007; Kivisto y Faist, 2007). En torno de la nacionalidad y la ciudadanía los estados definen las condiciones para la inclusión y la exclusión formal y para el ejercicio de derechos, así como para la producción de ilegalidades (Balibar, 1997; De Genova, 2002 y 2013; Mezzadra, 2015).

De cara a la población inmigrante los estados emiten además regulaciones económicas que la afectan de manera indirecta pero significativa. Así, por ejemplo, una normativa para el empleo en casas particulares, como la promulgada en Argentina en 2013², puede beneficiar directamente a trabajadoras migrantes, como las peruanas y paraguayas que constituyen una porción significativa del conjunto. En dirección inversa, desalojos masivos de vendedores ambulantes, como los sucedidos en Buenos Aires entre 2016 y 2018, pueden alcanzar a trabajadores migrantes, que en este caso constituían alrededor del 90% de los afectados.

Como parte de la transnacionalización de las políticas migratorias de los estados receptores (Sassen, 2001), cuya manifestación más flagrante es la externalización de las fronteras de la Unión Europea o los Estados Unidos, una de las notas sobresalientes de la intervención de los estados en las últimas décadas es la ligazón de la migración al desarrollo y el co-desarrollo. Como uno de los corolarios de la tradición que concibe al mundo dividido en estadios de desarrollo (cuando no de evolución), el discurso del co-desarrollo crea a los migrantes y sus países de procedencia como *problemas* que requieren tratamiento, y produce categorías como la del “migrante subdesarrollado” o el “migrante inversor en proyectos productivos”, que habilitan medidas de intervención específicas (Cortés Maisonave, 2011). El *desarrollo*, como la *seguridad*, es uno de los temas clave para los organismos internacionales y para las ONGs y asociaciones que ejecutan sus programas.

2. Ley 26.844. 13 de marzo de 2013. *Boletín Oficial de la República Argentina*, núm. 32.617, 12 de abril de 2013. Disponible en: <<http://servicios.infoleg.gob.ar/infolegInternet/anexos/210000-214999/210489/norma.htm>>.

Las administraciones estatales, a este respecto, se encargan de motorizar y conectar al conjunto de los actores (Cortés Maisona-ve, 2011). Los planes y acciones de gobierno –notoriamente los programas de co-desarrollo– influyen en los perfiles de las asociaciones de migrantes al moldear sus criterios de organización y sus estrategias (Pries y Sezgin, 2012; Pérez, 2004; Schrover y Vermeulen, 2005; Bloemraad, Korteweg y Yurdakul, 2008).

En los últimos años se han vuelto más notorias las acciones de los estados tendientes a alcanzar a *sus* emigrantes, a quienes en el pasado solían llamar “emigrados” y a los que recientemente refieren como “residentes (o nacionales) en el exterior”. Las denominadas *políticas de vinculación o de reincorporación transnacional* (Basch, Glick Schiller y Szanton Blanc, 1994; Guarnizo y Smith, 1998; Glick Schiller y Fouron, 1999; Goldring, 2002) extienden el alcance de los estados más allá de sus fronteras territoriales y conllevan la reformulación de algunas de sus funciones (Guarnizo y Smith, 1998; Levitt y Glick Schiller, 2004). De acuerdo con Bauböck (2003), estas búsquedas se originan en razones instrumentales: la recepción de remesas, el mejoramiento del capital humano de migrantes que pueden retornar en el futuro y el posible cabildeo en los lugares de residencia a favor de los intereses de su país de origen. En Argentina, el involucramiento de los estados de origen en los activismos bi o transnacionales de migrantes bolivianos (Pizarro, 2009; Lafleur, 2012), paraguayos (Halpern, 2009) y uruguayos (Merenson, 2015 y 2017) ha dejado huellas en las organizaciones locales de migrantes (Baeza, 2011; Rodrigo, 2018b).

Organizaciones sociales

De acuerdo con Pries y Sezgin, los estudios migratorios han subestimado el rol de las organizaciones de migrantes, y los antecedentes existentes se concentraron durante muchos años en examinar su rol en los procesos de integración (Pries y Sezgin, 2012). Algunos trabajos tempranos indagaron el impacto económico, político y cultural de las organizaciones en el país de destino y la investigación histórica colocó bases sólidas para interrogar el mutualismo y asociacionismo (Devoto y Míguez, 1990; Fernández, 1992). En las últimas décadas, como parte de los estudios transnacionales (Vertovec, 1999) se multiplicaron las indagaciones sobre las actividades transfronterizas de las

organizaciones, que pueden tener una orientación tanto local como transnacional (Itzigsohn, 2009) y cuyas acciones involucran simultáneamente a los estados de procedencia y de recepción (Portes y Fernández-Kelly, 2015). Más recientemente ha despertado atención el creciente involucramiento de asociaciones de migrantes no ya en actividades de servicios, culturales y religiosas, sino de cabildeo e incluso de protesta y reclamo (Flam y Lloyd, 2008; Sezgin, 2008).

Las organizaciones de migrantes tienen un papel clave en las luchas por codificar y formatear la movilidad, dado que “expresan, aceleran, canalizan, disparan, controlan y forjan las percepciones públicas y la autoconciencia acerca de la vida social, las prácticas, tensiones, conflictos y reclamos sociales de los migrantes” (Pries y Sezgin, 2012: 300).

Estas organizaciones tienen relaciones entre sí y con instituciones y organismos de otro tipo, y entran sus acciones y su lenguaje con ellos en múltiples escalas, integrando discursos y reclamos globales y cosmopolitas (Jelin, 2003; Sikkink, 2003; Pries y Sezgin, 2012). Si bien se trata de un universo heterogéneo, por lo general las organizaciones de migrantes tienen pocos miembros en actividad plena y permanente, y muchas veces atraviesan situaciones de precariedad y carencia de recursos. En el caso de asociaciones de migrantes trabajadores, además, sus integrantes suelen tener poco tiempo disponible, debido a las extensas jornadas laborales (Low, 2006). En estas condiciones, es común que sus objetivos y estrategias de intervención deban adecuarse a los requerimientos de sus financiadores circunstanciales o permanentes: la administración pública, los organismos internacionales y las grandes ONGs con las que deben cooperar para poder postular a fondos. Por ello las organizaciones de migrantes pueden entenderse muchas veces “como parte de una estructura emergente de gobernanza transnacional de los reclamos, la movilización de recursos, la presión política y las relaciones de poder” (Pries y Sezgin, 2012: 301).

Pero esto no significa que sean simples engranajes en una suerte de aceitada maquinaria de poder global, coherente y sin fisuras. Las asociaciones trabajan localmente y –unas más, otras menos– moldean sus perfiles de acuerdo con la participación activa de sus bases. Los complejos entramados tejidos desde la base, entonces, hacen que las organizaciones deban hablar el lenguaje político local y manejar sus categorías.

Además, sus vínculos son muchos, diferentes y, en ocasiones, enfrentados. Las asociaciones de migrantes entran en relación con otras organizaciones locales y con pequeñas organizaciones de sus países de procedencia, todas las cuales forman parte a su vez de otras redes. Por lo demás, los vínculos *hacia arriba*, con dependencias estatales, organismos internacionales u ONGs globales, también generan fricciones acerca de cómo tratar las diferencias y desigualdades que atraviesan los procesos de movilidad.

Las articulaciones entre actores tienen lugar sobre determinadas coincidencias, al tiempo que abren la puerta a discrepancias al poner en diálogo propósitos y encuadres para la acción particulares. Si bien los espacios de interfaz que estas articulaciones constituyen “presuponen algún grado de intereses comunes, presentan también una propensión a generar conflicto, dado por intereses y objetivos contradictorios o por desiguales relaciones de poder” (Long, 1999). Los individuos y grupos que las llevan adelante ocupan muchas veces posiciones ambivalentes.

Por último, además de conformar un conjunto diverso, las asociaciones de migrantes varían a lo largo del tiempo, acaso más que las restantes OSCs (Schrover y Vermeulen, 2005; Kuah-Pearce y Hu-Dehart, 2006). Las condiciones generales de debilidad material y política las exponen y predisponen a estos cambios. Lo primero que nos muestra la dimensión temporal, entonces, en el caso de las organizaciones de migrantes, en Argentina como en otros lugares, es una dinámica de apariciones y desapariciones constantes. Como señalaba Pereyra a comienzos de siglo, “un listado de organizaciones está por definición desactualizado y es incompleto” porque “las organizaciones de las colectividades de extranjeros surgen y desaparecen con la misma rapidez” (Pereyra, 2001: 65).

A esta dinámica de las organizaciones se añaden los cambios en las trayectorias de cada persona a lo largo de su vida como activista. Por diferentes circunstancias, un dirigente sindical puede devenir líder indígena o comunitario, activista cultural y luego nuevamente dirigente sindical. Algunas escisiones organizacionales se deben a que sus integrantes no encajan o no quieren encajar en el perfil que una asociación ha definido o redefinido y, como consecuencia de ello, abandonan la primera para fundar otra. Este desajuste o tensión suele darse entre las apelaciones plurinacionales o no nacionales de algunas asociaciones y los sentimientos de pertenencia nacional de sus miembros,

por ejemplo, o cuando apelaciones étnicas comunes se dirigen a experiencias generacionales diferentes, etc.

Reterritorialización, regulación y gubernamentalidad

Las preguntas concretas del libro se dibujan sobre el fondo de algunas preocupaciones teóricas generales. ¿Qué significa que tal o cual entidad no busque impedir la movilidad, sino crearle canales, controlarla o regularla? En clave de Deleuze y Guattari, esta afirmación toca la tendencia esencial del capitalismo, que resulta del encuentro entre “flujos descodificados de producción bajo la forma del capital-dinero [y] flujos descodificados del trabajo bajo la forma del «trabajador libre»” (Deleuze y Guattari, 1974: 39).

Ahora bien, si nuestras sociedades se definen por procedimientos de descodificación y de desterritorialización, “lo que por un lado desterritorializan, por el otro lo re-territorializan” (Deleuze y Guattari, 1974: 265), en la medida en que a fin de cuentas desterritorialización y re-territorialización son dos caras de un mismo proceso. El capitalismo, observan los autores, instauro o restaura territorialidades e intenta “volver a codificar, a sellar las personas derivadas de las cantidades abstractas. Todo vuelve a pasar, todo vuelve de nuevo, los Estados, las patrias, las familias” (Deleuze y Guattari, 1974: 40-41). Estas formas de re-territorialización son “nuestra moderna manera de «enladrillar», de cuadricular, de volver a introducir fragmentos de códigos” (Deleuze y Guattari, 1974: 265). La historia del capitalismo, como dirá Mezzadra más recientemente, es la de “la copresencia del libre movimiento del trabajo y su embridamiento” (Mezzadra, 2005: 109).

La regulación se apoya en la introducción de fragmentos de códigos, y codificar implica reglamentar y dar significado. Los flujos descodificados y desterritorializados están siempre tensionados por las disputas en torno a su regulación. El campo de batallas de la movilidad humana es el de esos flujos. No solo “Estados, patrias y familias”. También sindicatos, iglesias y escuelas intervienen en la codificación. Y en el momento actual del capitalismo global, unidades políticas supranacionales y entidades transnacionales.

Explorar las batallas en torno a la movilidad tiene algo de arqueológico, en la acepción foucaultiana del término. Se trata de partir de lo que los distintos actores han efectivamente dicho, mostrado, actuado y hecho en estos escenarios de disputa para

identificar allí regularidades, constelaciones y configuraciones de sentidos comunes y divergentes. En estos escenarios de disputa se forman y transforman los objetos, las modalidades enunciativas, los conceptos y los temas alrededor de las movilidades (Foucault, 1991). Indagación arqueológica al servicio de una genealogía del poder, porque los efectos de saber, como la configuración de categorías y sistemas de clasificación, son obra de las luchas, enfrentamientos y combates que se libran en nuestra sociedad (Foucault, 2006). Las batallas implican no solo determinar quiénes y cómo podrán moverse, la legitimidad de unos y la abyección de otros, sino también definir las jerarquías, desigualdades y asimetrías que se alimentan en la movilidad y los criterios para volverlas tolerables o inadmisibles.

La gubernamentalidad neoliberal hace aparecer a la *población* como su objeto y a la *circulación* como su preocupación capital. Gobernar la población implica “organizar la circulación” (Foucault, 2006: 38). La gubernamentalidad, en tanto “manera de conducir la conducta de los hombres” (Foucault, 2007: 218), llama la atención sobre los mecanismos de regulación positiva de la circulación, como cuando algunos de los actores estudiados en este libro recuperan, casi con ironía, la noción foucaultiana crítica de *gestión de la población* y la convierten en un programa de acción positivo.

Ensamblés de gubernamentalidad

Las afirmaciones de Foucault de que “el estado se «gubernamentalizó» poco a poco” (Foucault, 2006: 136) o de que, en definitiva, el estado sería “una peripecia de la gubernamentalidad” (Foucault, 2006: 291) invitan a pensar la gubernamentalización de otros agentes, como organismos internacionales, ONGs y asociaciones. A diferencia del poder soberano, ejercido por una unidad trascendente, el gobierno es inmanente, interior o perteneciente a aquello que gobierna, y múltiple, ejercido por una cantidad de entidades.

La pertenencia, interioridad o cercanía en el ejercicio del gobierno “conlleva no solo relaciones de poder y autoridad, sino también cuestiones de identidad” (Dean, 1999: 27). El gobierno procura moldear la conducta obrando sobre los deseos, las creencias y los intereses de los actores, en un intento de dar sentido al entorno, imaginar transformaciones y diseñar caminos para alcan-

zarlas (Rose, O'Malley y Valverde, 2012). En este sentido, cuando migrantes bolivianos en Argentina se posicionan explícitamente como trabajadores y emprendedores, por ejemplo, además de asumir el discurso neoliberal sobre los migrantes como inversores y empresarios de sí mismos, que el propio Foucault percibiera tempranamente, buscan también evitar la discriminación de parte de la sociedad argentina estigmatizando ellos mismos a otros migrantes, como los peruanos, de los que se distancian diciendo que estos no serían tan trabajadores como ellos, por ejemplo.

El gobierno de las poblaciones móviles no es la tarea de un conjunto centralizado de aparatos estatales, sino de una multiplicidad de agencias, cuerpos no estatales que han jugado desde el comienzo un papel clave (Rose *et al.*, 2012; Rose, 1996). Las prácticas de gobierno no constituyen totalidades coherentes y armónicas. Las distribuciones de poder y autoridad conforman un ensamble complejo, “disputado y transformado por elementos múltiples y heterogéneos” (Dean, 1999: 37) y con consecuencias y resultados relativamente impredecibles. La gubernamentalidad es un proceso abigarrado que reclama para su comprensión ir más allá de las lógicas singulares y poner atención en funcionamientos impuros, “combinaciones inesperadas, paradójicas, heterogéneas y quizás inestables de racionalidades y técnicas” (Walters, 2015: 6, 2012 y 2013; Ong, 2012).

Estudiar las organizaciones de base de los migrantes permite ver las tensiones y grietas que habitan la gestión de las movilidades. El libro mostrará la importancia de los organismos internacionales y los estados en la formalización política de la experiencia. Pero, como anticipé, no se trata de una simple bajada de línea en la que las entidades con más poder y recursos inducen a las más débiles a tratar temas, elaborar demandas y diseñar estrategias de acción. Hay discontinuidades entre los grandes lineamientos de estas entidades y las acciones llevadas adelante por las asociaciones. En la imbricación o intersección de relaciones de poder, los migrantes pueden ser vistos como “actores sociales que son formados, al tiempo que participan en esos ámbitos de poder” (Feldman-Bianco y Glick Shiller, 2011), y participan canalizando (y dando forma a) intereses y reclamos de sus bases. Los grandes lineamientos están, entonces, agrietados y cargados de tensiones. El conjunto heterogéneo de actores abre diversas direcciones para la politización. A pesar de los obstáculos

los y la debilidad relativa, las luchas políticas también *suben* por estas líneas de gerenciamiento.

Dimensiones de la desigualdad

La gubernamentalidad en tanto grilla de análisis dinámica (Foucault, 2007) de ensambles de poder heterogéneos se ve enriquecida al ser complementada con interrogantes acerca de las desigualdades en juego en los procesos de movilidad. Este objetivo central del libro debe ser asumido explícitamente. Numerosos trabajos que evocan a autores y conceptos del apartado anterior parecen dar por hecho que hablar de relaciones de poder presupusiera hablar de desigualdades y ello los eximiera de especificar de cuáles desigualdades se trata. Considero, en cambio, que tal especificación es necesaria. No se trata solamente de quiénes y cómo logran incidir en la conducción de las conductas, sino de cómo esto repercute en el acceso a recursos, prestigio y posiciones de decisión.

La más obvia de las formas en que las desigualdades interesan a este libro, que fue aludida en un par de oportunidades y que no requiere mayores comentarios, es la que atañe a la capacidad de los actores para lograr dicha incidencia en la conducción de las conductas. Esto se deriva de su solidez institucional, sus capitales, sus redes y escala de actuación. Los organismos internacionales y los estados se mueven inter o transnacionalmente. Los estados son el agente principal en la definición del tablero de juego, al menos (aunque en ocasiones, no solamente) dentro de sus fronteras. Las OSCs tienen menor alcance y peso. La mayoría de las organizaciones de migrantes se mueve en un área restringida dentro del país de acogida, operando local o regionalmente. Son una clara minoría, en términos relativos, las que actúan transnacionalmente (Pries, Halm y Sezgin, 2012: 281). Y dentro de cada país de residencia, pocas veces alcanzan una cobertura realmente nacional. Los actores que participan de redes extensas a gran escala tienen más poder en la orientación general de las discusiones y la puesta en agenda de problemas que consideran relevantes. Pero muchos recursos se disputan también localizadamente, y tener vínculos aceitados con autoridades locales puede ofrecer a una asociación de migrantes un buen posicionamiento en determinadas coyunturas.

El otro nivel de análisis fundamental es el de las desigualdades como objeto de la acción de estas organizaciones. ¿Qué escenarios de desigualdad monta la migración? Existen desigualdades en el acceso mismo al movimiento o a la movilidad. Condiciones económicas y políticas disponen una cantidad de alternativas entre la voluntad y la obligación de moverse. La conexión y desconexión se vincula a la diferencia y a la desigualdad (García Canclini, 2004). Otras desigualdades preexistentes que afectan la movilidad han sido bien documentadas y se han establecido puntos de partida claros: no son los más pobres quienes migran, las decisiones suelen tomarse familiar o grupalmente y las elecciones resultantes se apoyan en relaciones de género, generación y credenciales educativas, entre otras. Asimismo, los encuentros que el desplazamiento implica también actualizan desigualdades preexistentes pero, sobre todo, generan nuevas. La extranjería, por ejemplo, afecta de muchas formas la inserción o incorporación social, la producción de nacionalidades imperfectas (Karasić, 2000) y de un amplio abanico de posiciones entre ciudadanía plena y plena ilegalidad (De Genova, 2013; Mezzadra, 2015). También es común que las y los trabajadores migrantes reciban un menor salario relativo y que realicen tareas para las que están sobrecalificados. Y el necesario reaprendizaje de las relaciones de género, generacionales, étnicas y políticas en el nuevo contexto trae aparejados costos adicionales.

La dinámica temporal de las organizaciones también afecta el abordaje que estas harán de las desigualdades en la movilidad. Las asociaciones más antiguas suelen acumular recursos y capitales. Pero con el paso de los años –a veces, vertiginosamente– también aparecen nuevos actores abocados al tema y la agenda de problemas y demandas se modifica e incluso conmociona (Poinot, 2001). Los nuevos problemas pueden tener que ver con nuevas condiciones del movimiento poblacional, pero también con nuevas realidades políticas e institucionales inter y transnacionales, nacionales y locales. Como mostré en un trabajo anterior sobre bolivianos en la ciudad de La Plata (Caggiano, 2005), por ejemplo, una asociación de migrantes empleados y estudiantes de procedencia urbana, de clase media y residentes en la ciudad desde los años setenta gozaba de vínculos con el estado local que le permitían postularse como representante de toda una colectividad diversa, que incluía cantidades crecientes de obreros y comerciantes informales de la periferia de la ciudad

y de productores hortícolas del cordón perirural, llegados desde mediados de los años ochenta y posteriormente. Durante los años noventa y dos mil varios factores generaron una mayor visibilidad de la migración laboral. Comenzaron también a intervenir nuevos actores institucionales: agencias del estado argentino que lanzaron líneas de apoyo a cooperativas agrícolas, aprovechadas por familias y agrupaciones de horticultores bolivianos, una central sindical que contactó a activistas bolivianos para formar un área dedicada a los pueblos originarios, dirigentes políticos bolivianos que antes y después de la formación del Estado Plurinacional de Bolivia ampliaron sus contactos con residentes en el exterior, etc. El resultado de estos movimientos fue un panorama en el que asociaciones como las cooperativas de horticultores ganaron peso económico y fuerza dentro de la colectividad³. La asociación de empleados y estudiantes mantuvo parcialmente sus capitales social y simbólico, pero su representatividad comenzó a ser desafiada por otras organizaciones.

Estas desigualdades de la movilidad se complementan con otras desigualdades generales. Entre ellas, Therborn distingue las desigualdades vitales, concernientes a la construcción social de oportunidades de vida disímiles, las existenciales, referidas a las diversas asignaciones de autonomía personal, reconocimiento y respeto, y las desigualdades de recursos, atinentes a los capitales que permiten aprovechar riqueza, ingresos, educación, contactos, así como a un asimétrico acceso a oportunidades. Los mecanismos particulares de generación o refuerzo de desigualdades en la movilidad son parte de los cuatro mecanismos generales de producción y reproducción de desigualdades sociales: el distanciamiento, la exclusión, la jerarquización y la explotación, que presentan sus correspondientes opuestos: la aproximación, la inclusión, el empoderamiento y la redistribución (Therborn, 2006 y 2011).

El modo en que forman parte de la vida social y política estas desigualdades y estos mecanismos es producto de una forja, de una representación e interpretación llevada adelante por los actores intervinientes. Son las luchas de las que participan las asociaciones de migrantes, las dependencias estatales y los organismos internacionales las que dan sentido concreto a las desigualdades.

3. A propósito del uso que muchos inmigrantes hacen de esta categoría y de la diversidad que encierra, ver Caggiano (2006).

En ellas se define quiénes entran en cuáles relaciones, y se define también qué es lo que está en disputa. La idea de desigualdad requiere postular un colectivo social, una comunidad o sociedad. Quiénes están comprendidos en ella (y quiénes no) y según qué clasificaciones se ordenan es parte de esas disputas.

Una de las primeras batallas en estos campos de luchas se relaciona con definir el carácter legítimo o injusto de una desigualdad. La relación entre exclusión e inclusión no es la misma que la que hay entre explotación y redistribución, ya que cualquier inclusión postula una exclusión, como sucede con el otorgamiento de la ciudadanía, pero la redistribución no implica explotación. Por otro lado, difieren la carga moral y la movilización política en torno a cada una de estas desigualdades y cada uno de estos mecanismos. Todavía en abstracto: las reacciones ante el distanciamiento, la jerarquización o la explotación dependen de que consideremos a quienes los sufren incluidos o excluidos de nuestra comunidad. Entonces, una pregunta definitoria es *cuál es la iniquidad de la inequidad*.

Intersecciones

Las desigualdades sociales se asocian con los sistemas de clasificación y categorización social. En un trabajo insigne, Charles Tilly se preguntó por los modos, causas y consecuencias de la ligazón entre desigualdades persistentes y categorías. Las categorías pareadas y desiguales como negro/blanco, varón/mujer, ciudadano/extranjero, señaló, “hacen un crucial trabajo organizacional”. La desigualdad persistente depende en gran medida “de la institucionalización de los pares categoriales” (Tilly, 2000: 22).

Brubaker criticó a Tilly porque “muestra cómo la desigualdad puede ser categorial, pero no cómo la generación de desigualdad lo es” (Brubaker, 2015: 15) y sostuvo que distintas categorías de diferencia –como ciudadanía, género o etnicidad– contribuyen de formas diferentes a la producción y mantenimiento de desigualdades persistentes. Brubaker distingue la desigualdad entre categorías de posiciones de la desigualdad entre categorías de personas. Y observa que el acceso a oportunidades y recompensas sobre la base de categorías de personas persiste en la era moderna, pero su fuerza se ha erosionado significativamente en los últimos dos siglos. En otros términos, si bien puede considerarse

Vista parcial del contenido del libro.

Para obtener el libro completo en formato electrónico puede adquirirlo en:

www.amazon.com
www.bibliotechnia.com
www.interebook.com
www.e-libro.net

MIÑO y DÁVILA
♦ EDITORES ♦